

Cathy Hopkins

Besos cósmicos





1

La dama de horror

Lucy quedó boquiabierta al verme salir del cuarto de baño.

–¡Izzie, Dios mío! ¿Qué te has hecho? –exclamó.

–Es diferente –dijo Nesta.

Las dos me miraban como si saliera de una película de terror.

–¿Les gusta? –pregunté, dando una vueltita.

Era el día de la boda de mi aburrida hermanastra Amelia con el igualmente aburrido Jeremy, y yo tenía que ser su dama de honor, junto con mi otra hermanastra, Claudia. Como era de esperarse, Amelia había elegido para mí un vestido horrible. De satén verde esmeralda. Línea emperatriz. Espantoso.

Pero se me había ocurrido una idea.

–Tenía que hacer algo –expliqué–. Parecía la protagonista de una novela de Jane Austen.

–Sí –dijo Nesta, anonadada–, pero ¿teñirte el pelo de *verde*?

–Está muy al tono –repuse, sonriendo–. ¿No te gusta?

–A mí me parece que le queda fabuloso –intervino Lucy–. Pero ¿y el colegio? La señora Allen te matará.

–Bueno, el color se va con los lavados en una semana. Es sólo mousse. Pero no se lo diré a mamá.

Me miré en el espejo de mi habitación.

–A mí me gusta, y creo que me lo dejaré al menos hasta el lunes.

–¿Tu mamá no te obligará a lavártelo? –preguntó Nesta.

–Estuvo ocupada toda la mañana y el auto llegará en cualquier momento, de modo que, cuando me vea, será demasiado tarde.

Lucy rió.

–Pareces una irlandesa. Todo ese color esmeralda hace que tus ojos se vean más verdes que de costumbre.

–En ese caso, mi abuela habría estado orgullosa, por eso de las raíces irlandesas. ¿Entienden? ¿Raíces verde esmeralda?

Me miraron como si me hubiese vuelto loca.

–Las raíces del *pele*, tontas.

–Más bien, se revolcará en su tumba –repuso Nesta–. No creo que se le hubiera ocurrido nada parecido.

–Tal vez su fantasma se aparezca en la boda –sugerí–, y cuando llegue la parte en la que el sacerdote pregunta: “¿Alguien tiene alguna objeción?”, su figura se elevará hasta el techo gimiendo: “Sí, yo tengo una. Mi nieta se tiñó su hermoso y largo cabello castaño de verde”.

Lucy y Nesta rieron.

–Pero, hablando en serio –proseguí–, ojalá ustedes también vinieran. No es justo. A todos los demás les permitieron invitar amigos, al menos a la fiesta. Pero supongo que, como son adultos, hay unas reglas para ellos y otras para nosotros.

–Bueno, tal vez haya algunos chicos decentes –dijo Nesta–. Puedes poner en práctica mis consejos de conquista.

–Ni lo sueñes. Me moriré de aburrimiento. Ni siquiera habrá baile. Jeremy es contador y, como Amelia, viene de una familia de contadores. Hasta mandaron hacer el pastel de bodas en forma de calculadora.

–¿Cómo es el vestido de ella? –preguntó Lucy, a quien siempre le interesaba el estilo de todo. Piensa estudiar arte cuando termine la escuela, y dedicarse a diseñar ropa.

–Grande, ampuloso. La hace enorme aunque es muy delgada. De hecho, no sé cómo hará para subir al auto.

–Si yo me casara –dijo Nesta, reclinándose sobre los almohadones como Cleopatra–, me vería fantástica. Claro que, para entonces, seré famosa y habrá muchos reporteros, pues todas las revistas querrán comprar las fotos de mi boda.

–¿Qué vestido te pondrías? –le preguntó Lucy.

–Algo más al cuerpo. Que marque la figura. Tal vez de seda color marfil, sin espalda. Y usaría el pelo suelto, como ahora, hasta la cintura. No recogido en uno de esos peinados horribles que eligen muchas mujeres para casarse, que parece que tuvieran colmenas en la cabeza. Además, llevaría un ramo sencillo, un par de lirios o algo así. Elegante. Haría la ceremonia en el parque de mi mansión y vendrían estrellas de rock y personajes famosos.

–Estarías deslumbrante con cualquier cosa que te pusieras –repuse, observándola extendida sobre mi cama. Nesta es, sin duda, la chica más linda de nuestra clase, si no de toda la escuela. Es mitad jamaicana y mitad italiana. Podría ser modelo, si quisiera, pero últimamente ha decidido ser actriz.

Lucy también es bonita, pero de un modo distinto. Es menuda, tiene cabello rubio rizado y parecía un duende, sentada con las piernas cruzadas en su lugar preferido, sobre un puf que está en el suelo.

–Y tú, ¿qué te pondrías, Lucy? –le pregunté.

Lucy miró por la ventana con aire soñador.

–Creo que me gustaría casarme en invierno, en la nieve. Vestida de terciopelo, con una capa. Y pimpollos de rosas blancas en el pelo. Llegaría en un carruaje tirado por caballos y la iglesia estaría cubierta de flores y de hiedra...

–Qué romántica eres, Lu –observé, riendo–. Mientras no sometas a tus damas de honor a nada como esta monstruosidad que tengo que ponerme yo...

–Nosotras podríamos ser las damas de honor, ¿no? –preguntó Nesta–. Como somos tus mejores amigas...

–Claro, pero también me gustaría tener a Ben y a Jerry, pues son mis otros mejores amigos –respondió Lucy.

–¿Qué? –exclamó Nesta–. ¿Perros en una boda?

–Sí, podrían ser parte del cortejo.

Nesta y yo tuvimos que sostenernos la barriga de tanto reír. La idea de dos labradores gordos caminando hacia el altar con flores alrededor del pescuezo era demasiado.

–Pues yo nunca me casaré –dije–. ¿Para qué? Hay tanta gente que se separa un par de años después... Como mis padres. Una vez, oí a mi papá hablando por teléfono y dijo que, en su opinión, el divorcio era el modo que tiene la naturaleza de decirnos: “Te lo advertí”.

–Pero algún día podrías enamorarte –replicó Lucy–. Y entonces no pensarás así.

–No creo. Ya tengo catorce años y aún no tuve un novio de verdad. Nunca conocí a nadie que se acerque siquiera a lo que yo quiero.

–Pero ¿y si lo conocieras? –insistió Lucy.

–De acuerdo. Si lo conociera, lo cual no pasará, me pondría un vestidito de látex rojo y llegaría al altar en patines, con un coro *gospel* cantando y bailando en el fondo.

–Pero yo no sé patinar –protestó Lucy–. Y tengo que ser una de tus damas de honor.

–No te preocupes. No va a pasar. No me veo enamorada. Especialmente si me quedo por aquí. Todos los chicos son unos insulsos totales.

–Bueno, yo esperaría muchísimos años para casarme –dijo Nesta–. Quiero divertirme todo el tiempo que pueda. ¿Por qué conformarme con una sola fruta cuando puedo probar toda la cesta?

–Eres una atrevida –la reprendió Lucy–. De todos modos, para ti es fácil, pues eres un imán para todos los chicos. Pero ¿y si conoces a alguien realmente especial?

–¿Qué, alguien como Tony? –bromeó Nesta.

La pobre Lucy se puso roja como un tomate. Tony es el hermano mayor de Nesta y Lucy está enamoradísima de él.

–Me invitó a salir la semana que viene –anunció Lucy con timidez.

Nesta puso cara de preocupación.

–¿Y vas a ir?

–Claro que sí. Pero ya sé que no lo tengo que tomar muy en serio, le gusta una chica distinta cada semana.

–No lo olvides –le advirtió Nesta–. Iz y yo tendríamos que consolarte después.

–Sé cuidarme sola –replicó Lucy–. Pero ¿y tú, Iz? ¿Qué esperas de un chico?

–¿Cuánto tiempo tienes? –le pregunté–. ¿Puedo preguntarle al público? ¿Ir mitad y mitad? ¿Llamar a una amiga?

–Última oportunidad –dijo Nesta–. Danos tu respuesta definitiva.

Tenía que pensarlo. ¿El chico perfecto?

–De acuerdo. Buen sentido del humor. Tiene que hacerme reír. Eh... inteligente. No quiero un idiota sin sesos. Alguien con quien pueda conversar y tener muchas cosas en común.

–¿Y buen mozo, seguramente? –preguntó Nesta.

–Sí. Un poco. Pero no quiero alguien súper lindo, porque me parece que éstos son demasiado arrogantes...

–Como Tony –concordó Nesta, mirando intencionadamente a Lucy, que no le hizo caso.

–Eh... disculpa –la interrumpí–. No terminé. Respuesta final para el chico del millón. Buen sentido del humor. Inteligente. Generoso. Aspecto decente. Buen trasero. Debe gustarle de verdad estar en compañía de chicas. Uñas limpias, y por último...

–Rico –sugirió Nesta.

–Lindo –propuso Lucy.

–No –respondí–. Por último, pero no menos importante... debe poder pararse de cabeza y cantar el himno nacional.

Lucy lanzó una carcajada.

–Estás loca, Izzie –dijo.

–Buena suerte –le deseó Nesta–. Es decir, en general me parece bien, pero ¿uñas limpias? Creo que estás pidiendo demasiado, amiga.

–Izzie –llamó mamá frenéticamente desde abajo–. Llegó el auto.

Respiré hondo.

–¡Allá voy! Pregunta finalísima: ¿me veo bien? Con todo este verde, ¿necesito más negro en los ojos?

–Estás genial –respondió Lucy–. Luego cuéntanos cómo te fue.

–¿De acuerdo, Nesta? –pregunté.

Nesta rió.

–Bueno, digamos que cuando Amelia te vea, espero que el amor sea realmente ciego.

–Si el amor es ciego –repliqué–, entonces el matrimonio le abrirá los ojos.

–No me digas –dijo Nesta, al tiempo que se levantaba de la cama y se dirigía a la puerta–. Vamos, Lu, antes de que la señora Foster la vea y explote.

Lucy sonrió.

–Sí. Fue un gusto conocerte, Izzie.

Dicho lo cual, las dos salieron corriendo.

Mi plan de escandalizar a nuestra directora el lunes con mi pelo verde tuvo corta vida. Apenas regresamos de la boda, mamá me llevó arriba al cuarto de baño.

–Bien –dijo, con los dientes apretados–. Empieza a lavarte y no te detengas hasta que tu pelo vuelva a la normalidad.

Me entregó el champú y esperé que se fuera, pero se quedó allí mirándome, furiosa.

–No te bastó con avergonzarme delante de toda nuestra familia y nuestros amigos –prosiguió–, sino que además le arruinaste el día especial a

Amelia. Y ¿cómo vamos a explicar por qué una de las damas de honor casi no salió en las fotos de la boda?

–A mí no me habría molestado estar en las fotos –repuse.

–Pues a Amelia, sí. Estaba furiosa. Francamente, Isobel, opacaste a la novia en el día de su boda.

–Yo no quise...

–Nunca piensas, ¿verdad? Habrías llamado la atención en todas las fotos.

–Lo siento –dije, por millonésima vez.

–Y tampoco dejaré que vayas así a la escuela. Dios sabe qué pensarían los profesores de nosotros y de qué clase de hogar vienes.

Iba a explicarle que muchísimas chicas tienen el pelo teñido y con mechones más claros, pero sé reconocer la derrota, de modo que me incliné bajo los grifos y empecé a lavarme.

Mamá seguía cerca mientras la bañera se llenaba de arroyos de tinta verde. La oía suspirar por encima del ruido del agua. Decidí que la mejor política era el silencio, de modo que seguí lavándome y luego estiré el brazo para tomar una toalla.

–¡ESA NO! ¡Por todos los cielos, Isobel! –gritó mamá. Siempre me llama por mi nombre completo cuando se enoja conmigo–. Con una toalla blanca, no: se va a manchar. Te traeré una oscura.

A mamá le gustan mucho las toallas blancas. Una vez, después de que me había lavado la cara, ella vino a mi dormitorio con la toalla que había usado.

–¿Fuiste tú quien hizo esto? –me preguntó, señalando las manchas de rímel–. Las toallas son para secarse, no para quitarse el maquillaje.

Ojalá comprara toallas normales de colores para poder usarlas sin preocuparme, pero ella es así para todo. Nuestra casa está inmaculada. Mamá está inmaculada. Siempre se pone unos trajes negros impecables para ir a trabajar y, para estar en casa, unos pantalones también impecables y suéteres de cachemira. Se recoge el cabello en un rodete...

impecable. Nunca tiene un pelo fuera de lugar. Nunca un raspón en los zapatos. Nunca una mancha en la ropa. Su signo del zodiaco es Virgo. Son súper perfeccionistas. Mamá limpia antes de que venga la mujer de la limpieza, porque no quiere que piense que somos una familia sucia. ¿Para qué tener alguien que venga a limpiar si no se puede ensuciar?

Deseé que se fuera y me dejara terminar con mi cabello en paz, pero no: se sentó en el borde de la bañera y me miró con severidad.

–Ahora, ¿me darás una explicación?

–Eh... me pareció que quedaba bien.

Suspiro. Suspiro más grande.

–No quise molestar a nadie... –empecé.

Era verdad. Pero sí había provocado toda una reacción. Estábamos caminando hacia el altar y todos miraban a la novia entre suspiros de admiración cuando, de pronto, me vieron y se hizo silencio. Luego la gente apartó la mirada. Pero Amelia, no. Apenas me vio, supe que habría problemas. Muchos problemas. Juro que vi salir humo debajo de su velo. Mantuve los ojos en el altar y recé para que se calmara un poco en la fiesta, después de algunos tragos. Pero no fue así. Se puso absolutamente furiosa.

Mamá seguía mirándome, enojada, desde el borde de la bañera. Yo no sabía qué más decir.

–Lo siento –agregué–. Te pido perdón.

–¿Perdón? Tú no sabes lo que significa esa palabra. Vete a tu habitación. No soporto mirarte.

Me dirigí a mi dormitorio. Decididamente, estaba en problemas. Era persona no grata. Otra vez.